

LA VERDAD ACERCA DEL 666 Y LA HISTORIA DE LA GRAN APOSTASÍA

Reseña crítica preparada por el Dr. Alberto R. Treiye

www.adventistdistinctivemessages.com

Enero de 2013

Edwin de Kock, el autor del libro cuyo título es el que aparece más arriba y que fue publicado en 2011, nació en Sudáfrica hace más de 80 años atrás. Estudió teología, literatura, educación y lenguaje. Enseñó en colegios por más de 35 años en Sudáfrica, Corea del Sur y Estados Unidos, y viajó incansablemente por todo el mundo visitando museos, catedrales, y otros lugares importantes desde la perspectiva histórica. Hace unos pocos años atrás, cuando estábamos organizando con mi esposa una excursión a la tierra cátara (sur de Francia), él me escribió diciendo que el museo sobre la Inquisición que más le impresionó fue el de Carcasona, lo que terminé concordando con él.

También fue presidente del idioma Esperanto y escribió muchas poesías en ese idioma que fueron luego traducidas a otros idiomas modernos. El ser políglota le ayudó mucho en la investigación de la historia de la gran apostasía, porque pudo trazar ciertas creencias relacionadas con el tema de su libro que se reflejan en distintos idiomas.

Otros libros que escribió de Kock fueron *Seven Heads and Ten Horns in Daniel and the Revelation* (2011), *The Use and Abuse of Prophecy* (2007), and *Christ and Antichrist in Prophecy and History* (2001). Su orientación es historicista, y tiene una sensibilidad muy aguda contra todo tipo de introducción espúrea al enfoque teológico de nuestra iglesia en materia de profecías. De hecho, semejante volumen de 874 páginas provino del chasco que recibió cuando leyó en el folleto de la Escuela Sabática del 8 de junio de 2002, preparado por el Dr. Ángel M. Rodríguez, la negación de lo que nuestra iglesia ha estado enseñando por un siglo y medio.

Al comenzar a juntar material para refutar a A. M. Rodríguez, exdirector del BRI, encontró que muchos pastores y doctores en teología estaban también disgustados por esos cambios que introdujo A. M. Rodríguez. Tales cambios los tomó Rodríguez, consciente o inconscientemente, de católicos, espiritistas y protestantes que procuraban contrarrestar la interpretación historicista adoptada por la Iglesia Adventista o que, simplemente, habían perdido la fe profética de los antecesores protestantes. Varios de esos fieles hermanos adventistas historicistas, tanto en Europa como en Estados Unidos, eran especialistas en diferentes áreas, y contribuyeron grandemente en la investigación. Una obra tal no podía, en efecto, provenir de una sola persona con información proveniente de tantas bibliotecas y centros especializados del mundo y de internet, juntada en tan poco tiempo para constituir semejante volumen.

El libro contiene, en realidad, tres libros que de Kock decidió editar en un solo volumen. Esos libros los titula: 1) La Historia de la Gran Apostasía (en tres partes: Lo básico, El ascenso al poder papal, y El papa llega a ser Rey), 2) El testimonio más extenso de la historia, y 3) La conexión Adventista del Séptimo Día. Tiene también siete apéndices. El que más me llamó la atención fue el III en donde da una extensa lista en secuencia cronológica de autores no católicos que usaron el título *Vicarivs Filii Dei* en los siglos XVIII y XIX.

Después de haber leído el gigantesco libro de de Kock, puedo decir que me impresionó porque se preocupó por responder a tantas propuestas de interpretación absurdas que se han dado a lo largo de los siglos, exponiendo honesta y objetivamente el enfoque y dando una respuesta autorizada y clara. Prácticamente cada autor que cita desde la historia del cristianismo hasta nuestros días, contiene una breve biografía que permite ubicarlo en su época y el papel que ejerció. Aunque ese hecho puede hacer pesado el material para muchos, porque hace que el libro se vuelva interminable, para otros como este servidor, lo vuelve fascinante. En efecto, siendo que el título *Vicarivs Filii Dei* es exclusivo del papado, y está siempre ligado a su supremacía espiritual y política, la historia del término es, en esencia, la historia de la gran apostasía predicha por Daniel, Pablo y Juan en el Apocalipsis.

II

En el folleto de la Escuela Sabática correspondiente al 7 y 8 de junio de 2002, Angel Manuel Rodríguez resumió los problemas que encontró para mantener lo que nuestra iglesia, a través de Uriah Smith, asumió del protestantismo a partir de 1865 (456). A. M. Rodríguez recurrió al método que usaron en Alejandría para resolver lo que era difícil de la Palabra de Dios, a saber, la alegoría. En lugar de un nombre concreto que contuviera el número 666, decidió que era mejor espiritualizar ese término. En mi libro, *La Expectación*

Apocalíptica del Santuario, cap 10, demuestro que esa es una tendencia que cada vez más están usando algunos teólogos nuestros para evitar decir como Natán a David, “tú eres aquel hombre”; o como Daniel a Nabucodonosor, “tú eres esa cabeza de oro”. Mediante una espiritualización del contenido apocalíptico, se puede hablar de ideas y generalidades sin tener que definir por nombre la entidad representada. Por eso, una metodología tan en boga hoy como esa se la llama Idealismo, y busca camuflar más y más el cometido divino que recibimos de denunciar la blasfemia del papado romano (Apoc 13:9-11).

Resumamos las razones que A. M. Rodríguez dio para tirar por la borda lo que nuestra iglesia estuvo predicando por más de un siglo y medio. Ninguna de esas razones tiene fundamento alguno ni en la Biblia ni en la historia de la iglesia, como Edwin de Kock lo demuestra abundantemente. Rodríguez afirma que:

1. La Biblia no dice que el número tiene que ver con el valor numérico agregado de las letras de un nombre.

Breve respuesta: A esta conclusión llega ignorando la manera más antigua en que fue interpretado Apoc 13:18, y lo que el pasaje mismo da a entender, al requerir calcular el número del nombre. Era común para la gente hacer eso en los días de Juan. Esto está confirmado por los comentarios más modernos.

- El problema de Rodríguez acá se basa en el siguiente problema más serio que revela, y es su espiritualización del nombre.

2. El símbolo puede servir para representar a la humanidad sin el descanso divino (el día séptimo). No se trata necesariamente del “nombre de un hombre”, sino del “nombre de la humanidad”.

Breve respuesta: Acá Rodríguez admirablemente se olvida de la bestia para pasar a hablar de la humanidad. La bestia representa a una institución, al papado, no a otras instituciones o a la humanidad en general que no guardan el verdadero día de descanso. E. de Kock muestra bien, especialmente en el apéndice VII (866-870), que la traducción que algunas versiones ofrecen de *anthropos* por “humanidad” no es la correcta en el contexto del griego bíblico, porque se trata del nombre de la bestia, no de la humanidad. El griego es rico en adjetivos, como por ejemplo en la palabra que nos ocupa, *anthropeios*, *anthropikos*, *anthropinos*. Pero *anthropos* es una referencia a “hombre”, a un “ser humano”. Por eso las traducciones más serias siguen a los léxicos que traducen “número de hombre”, lo que en Apoc 13:18 es una referencia al “hombre de pecado” que “se sienta en medio del templo de Dios [la iglesia] haciéndose pasar por Dios” (2 Tes 2:3-5), no a toda la humanidad sin Dios. Como lo explico en mi libro citado más arriba, en el esfuerzo por encontrar un supuesto significado simbólico del número, muchos se olvidan del nombre.

3. El cálculo del valor numérico de las letras de un nombre se presta a especulaciones, ya que muchos nombres pueden contener ese valor.

Breve respuesta: No se trata de especular, sino de identificar el nombre “blasfemo” de la bestia (Apoc 13:1,5-6), dentro del contexto de la descripción del capítulo 13. El único título blasfemo del papado cuyas letras contienen el número 666, es *Vicarivs Filii Dei*.

4. No se puede probar que el título *Vicarivs Filii Dei* sea un título oficial del papado romano.

Breve respuesta: De Kock prueba ampliamente que fue un título oficial del papado romano, que varios papas se han aplicado a sí mismos, inclusive los más recientes, así como muchos grandes dignatarios de la Iglesia Católica Romana lo hicieron para resaltar la autoridad política y espiritual blasfema del papado.

5. La Biblia no dice en qué idioma debía leerse el nombre, por lo cual cualquier idioma que se escoja será arbitrario.

Breve respuesta: Ya Helwig, al comenzar el S. XVII, el filólogo alemán que descubrió el título blasfemo del papado y su correlación numérica con el 666, había establecido el principio claro de que debía buscarse en el idioma oficial de la entidad blasfema, el latín. No tiene sentido buscarlo en un idioma que no es el oficial de la autoridad blasfema predicha.

6. La mejor opción por el momento sería la de una rebelión intensificada reflejada en el triple uso del número seis.

Breve respuesta: Los números arábigos fueron inventados cerca de un milenio después, y se introdujeron en Europa siglos más tarde. En griego nadie podría haber entendido ese número como tres seis.

Antes de Angel Manuel Rodríguez se había levantado cierta controversia en nuestra iglesia acerca del título *Vicarivs Filii Dei*, debido a la crítica católica especialmente, y por otras interpretaciones simbólicas espiritistas y protestantes que se fueron introduciendo. La lucha entre liberales y conservadores comenzó en nuestra iglesia tiempo atrás, y ganó terreno el ala liberal con la publicación que preparó el *Biblical Research Institute* de nuestra iglesia sobre el tema al terminar la década del 80. Pero lo particular de Ángel Manuel Rodríguez, quien en general se lo considera como conservador, es que fue el primero que se atrevió a resumir todos esos argumentos liberales que vinieron de afuera, en un folleto de Escuela Sabática que va para todo el mundo. Aunque la Iglesia Adventista del Séptimo Día no se considera infalible (sólo Dios y su Palabra son infalibles), cuando el folleto de la Escuela Sabática pasa por un comité especial designado para revisarlo, y se lo publica, la gente lo interpreta como la voz oficial de la Iglesia.

El resultado fue que, a partir de entonces, ministros y laicos por todo el mundo se apoyaron en tal testimonio para dejar de identificar al papado romano por su nombre blasfemo más específico. Convendrá, por consiguiente, ampliar esa discusión en nuestra iglesia, desde sus orígenes, para notar el resultado de no haber publicado la respuesta oficial bien documentada que en su momento se dio, debido a la actitud dogmática y cerrada del ala liberal.

III

Los Adventistas del Séptimo Día sostuvieron desde 1844 hasta 1872 que el número de la bestia de Apoc 13 estaba vinculado al papado romano. A partir de 1872, todos fueron adoptando la interpretación protestante que provino de Andreas Helwig al comenzar el S. XVII (la que se había vuelto especialmente notoria a medida que se acercaba la “herida de muerte” que recibiría el papado en 1798, según lo profetizado por Daniel y Juan en el Apocalipsis), y aún después de ese evento. En el Apéndice III, Edwin de Kock ofrece una lista de alrededor de 100 autores no católicos con esa interpretación.

Sin embargo, muchos protestantes ofrecían al mismo tiempo otros nombres referidos al papado o a la Iglesia de Roma, como conteniendo el número 666. La virtud de Uriah Smith, quien introdujo en nuestra iglesia esa interpretación, fue que se refirió al título *Vicarivs Filii Dei* en forma exclusiva. La razón que dio fue que los otros términos que se habían ofrecido antes para identificar la bestia de Apoc 13 eran demasiado genéricos (459), a lo que nosotros podríamos agregar que no identificaban el carácter realmente blasfemo del papado en sí. Una interpretación tal, a medida que el testimonio profético de nuestra iglesia se expandía, no iba a quedar desapercibida por la Iglesia Católica, más aún porque tal identificación del papado romano ganaba almas al mensaje adventista. Esa reacción católica se hizo sentir fuertemente a partir de la primera mitad del S. XX.

Al comenzar el S. XX, los adventistas eran prácticamente los únicos que continuaban identificando al papado romano por el nombre *Vicarius Filii Dei*, en cumplimiento de la profecía de Apoc 13:18. Por consiguiente, el ataque se volvió ahora contra ellos. La Iglesia Católica había recibido el golpe de muerte política en 1798, y perdido después de 1870 los Estados Pontificios. A partir de entonces iba a ser más fácil para los católicos camuflar el título *Vicarivs Filii Dei* cuando les conviniese, y declarar que nunca fue un título oficial. Porque ese título estuvo siempre ligado al sumo pontífice Romano y a su autoridad política y religiosa.

Al pasar el tiempo, después de ese golpe político mortal del papado romano en 1798, los protestantes comenzaron a perder su convicción de que esa entidad religioso-política estaba señalada por la profecía. No captaban que el Apocalipsis anunciaba su resurrección para un futuro cercano (Apoc 13), poco antes de ser destruida para siempre en la Segunda Venida de Cristo (Apoc 16-19).

El autor católico que más atacó la interpretación de nuestra iglesia sobre Apoc 13:18, fue un judío que se convirtió al catolicismo. Se llamó David Goldstein. Sus ataques al judaísmo fueron sumamente fuertes después de su conversión, y luego le tocó el turno a nuestra iglesia. Su aversión a la Iglesia Adventista se hizo manifiesta especialmente cuando consiguió la autorización policíaca para visitar en una cárcel de Texas, a un convicto

asesino que era candidato a la pena de muerte. Para su sorpresa, se encontró con que los adventistas le habían ganado la partida, y ese presidiario se había convertido a nuestra fe. Vio allí varios folletos de nuestra iglesia con el título papal ya mencionado, y dibujos que nuestro hermano estaba haciendo de una corona papal con la inscripción *Vicarivs Filii Dei*. En vano nuestro hermano encarcelado trató de convencer al judío-católico con esa interpretación, quien salió muy enojado de la cárcel. Desde entonces se dedicó a atacar a la Iglesia Adventista en artículos y libros, y hasta tuvo un imprimatur del Arzobispo de Boston por eso.

Entre los argumentos que usó ese sacerdote católico se encuentran algunos de los que usó A. M. Rodríguez en el folleto de la Escuela Sabática de 2002. Aquí sólo mencionaremos otros argumentos que agregó David Goldstein, y que tomó en parte, de otros autores católicos y protestantes que lo habían precedido.

1. El título oficial del papado romano fue siempre Vicario de Cristo, no Vicario del Hijo de Dios.

Breve respuesta: Eso no es cierto. El título *Vicario de Cristo* fue aplicado a sí mismo primeramente por el emperador Constantino, y luego por otros obispos de la cristiandad tanto en oriente como en occidente. No fue de invención papal, ni de uso exclusivo del papa, porque hasta en tiempos recientes se lo ha estado aplicando también a otros obispos de la cristiandad. Podría argüirse también que tampoco es en sí un título necesariamente blasfemo, porque “cristo” significa “ungido”, y hubo muchos “ungidos” en la historia sagrada (reyes de Israel, sacerdotes y profetas). Pero el título *Vicario del Hijo de Dios* es de invención papal y exclusivo para describir su autoridad política y religiosa. Es, además, especialmente blasfemo, porque aunque todos podamos ser “hijos de Dios”, lo somos “por adopción” (Rom 8) y en virtud del único Hijo de Dios.

En mi tercer seminario del santuario, *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario*, cap 10, muestro por qué el título Hijo de Dios resultó tan blasfemo a los judíos (quienes de paso, nunca lo acusaron de blasfemo por declararse el Cristo o Mesías en hebreo). La manera en que Jesús se aplicaba ese título a sí mismo lo hacía “igual a Dios” (Juan 10:29-36). Fue el título que más odiaron también los musulmanes más tarde, y que calificaron como especialmente blasfemo. Y hasta se atrevió el diablo a querer poner dudas en Jesús, sugiriendo que por haber asumido también la naturaleza humana, no sería realmente Hijo de Dios (Mat 4). No debía extrañarnos, entonces, que el diablo levantara en medio de la iglesia al anticristo romano, quien iba a querer apropiarse ese título en ausencia del verdadero Hijo de Dios. Es en relación también con la negación de ese título que Juan en sus epístolas describe al anticristo que iba a venir (1 Jn 2:22-24). Aunque se pretenda confesar el Nombre del Hijo de Dios, se requieren hechos más que palabras. Porque la vida eterna se la obtiene invocando “el Nombre del Hijo de Dios” (1 Jn 5:10-13), no un presunto vicario blasfemo que pretende perdonar pecados.

2. El título Vicario del Hijo de Dios nunca estuvo en ninguna corona de ningún papa.

Respuesta breve: Esto no se puede probar, porque en 1798, el general Bertier destituyó al pontífice romano y lo llevó cautivo. Junto con él se llevó todas las coronas del papa. Con esas coronas Napoleón preparó luego otra corona, y se la mandó al papa cuando quiso restablecer años después la relación con el papado, ahora con el papa como una especie de príncipe vasallo suyo. Pero la hizo a propósito demasiado pequeña para la cabeza del papa, y demasiado pesada, por lo que ni se la usó. Posteriormente los papas hicieron otras tiaras para sí mismos, con algunos títulos inscritos. Hubo, sin embargo, quienes testificaron haber visto esa inscripción en la corona del papa ya antes de 1798, y aún después. Pero no es necesario probar la existencia de una corona papal con la inscripción Vicario del Hijo de Dios, para poder aplicarle luego ese título especialmente blasfemo.

3. El título *Vicarivs Filii Dei* da 665, no 666. Porque, según ocurrencia de Goldstein, deben contarse los números como números compuestos. Así, IL no sería 50, sino 49. Después Goldstein contó de otra manera y cambió el resultado a 650.

Respuesta breve: Eruditos modernos que Edwin de Kock cita, como Eric W. Weisstein, quien se doctoró en tecnología en 1996 en el Instituto de Tecnología en California y escribió un artículo titulado “Roman Numerals”, han probado que los números romanos durante la Edad Media tenían un sistema de número aditivo. 4 era escrito IIII, 40 XXXX, 9 VIIII, y 90 LXXXX. Algunos relojes de pared todavía usan ese sistema aditivo. Posteriormente se incluyó el sistema de números que se sustraen. Los romanos prácticamente no usaron ese

sistema, que se volvió popular en Europa después de la invención de la imprenta, mucho después que se acuñó el título *Vicarivs Filii Dei* al papado romano.

Por otro lado, como el Latín de Wheelock lo explica, “dos vocales contiguas o una vocal y un diptongo se separaban. Por tal razón, la separación del título en consideración debía ser *Vi-ca-ri-us Fi-li-i De-i*, lo que da 666, no otro número. Otros autores católicos que probablemente dominaban más el latín que un inmigrante judío-holandés como Goldstein, usaron los otros argumentos que ya consideramos contra la interpretación protestante y adventista de Apoc 13:18, pero sin recurrir al argumento ignorante de Goldstein sobre la manera de sumar los números romanos.

4. El nombre de E. de White (Ellen Gould White) daría también 666 (46).

Respuesta breve: E. G. White no cumple con toda la descripción que Apoc 13 da sobre la bestia apocalíptica o anticristo que se aplica, únicamente, al papado romano. Además, la W no existió en el alfabeto latino original, y tampoco puede contarse en latín como dos V, porque se trató de una letra que los idiomas modernos como el holandés de Goldstein y el inglés adaptaron del latín, pero para representar una fonética en parte diferente. Esto lo explica Wheelock también, cuando escribió que “al alfabeto romano le faltaban las letras j y w. Más aún, originalmente se usaba la letra v tanto para el sonido de la vocal u como para el sonido de la consonante w. No fue sino hasta el segundo siglo de nuestra era que la forma redondeada u apareció, pero por conveniencia, tanto la v como la u se emplearon en los textos latinos de las ediciones modernas”. Así, u, v y w tienen cada una el mismo valor numérico: 5. De hecho, *Vicarius Filii Dei* fue pronunciado en latín originalmente como *Wicarius Filii Dei* en inglés (45).

Cuando Edwin de Kock dice que originalmente *Vicarius* se pronunciaba *Wicarius*, piensa en inglés. *Windows*, *Williams*, no se pronuncian en inglés como *Vindows*, *Villiams* en castellano. Así pronuncian la W los rusos y otros pueblos de origen eslavo cuando están aprendiendo inglés; tal es así que nuestro hijo Daniel cuando era adolescente, quien fue con nosotros por un mes a Ucrania cuando nos invitaron a dar conferencias y seminarios para los pastores, comenzó a hablar después en inglés de esa manera haciéndonos reír.

5. El nombre de Cesar Nerón en hebreo da 666.

Breve respuesta: El hebreo no era el idioma usado por los emperadores romanos, ni la característica de la bestia de Apoc 13 se aplica a esos emperadores, ya que se trata de un trono que le fue concedido al papado romano por el emperador romano (Apoc 13:2).

6. *Vicarivs Filii Dei* es un título, no un nombre. El nombre del papa es (en sus días) Pío XII, no Vicario del Hijo de Dios.

Breve respuesta: En Apoc 17:5, el nombre de Babilonia incluye varios títulos. Así mismo en Apoc 19:13,16 se aplica a Jesús el nombre La Palabra de Dios y Rey de reyes y Señor de señores. En griego, la palabra “nombre” puede significar también “título”, como se ve comparando varias traducciones.

Resulta fascinante leer en el libro de de Kock cómo se dieron aquellas batallas interpretativas. Resumamos diciendo que, cuando se levantaron estas críticas católicas, nuestros pioneros no tenían todas las respuestas. De manera que algunos fueron afectados por ellas y creyeron que debía abandonarse la interpretación que heredamos del protestantismo medieval. Otros, sin embargo, creyeron que la interpretación era correcta, pero que debían buscarse las respuestas. Las respuestas requirieron un esfuerzo muy grande pero, lamentablemente quedaron archivadas, sin que la iglesia pudiese armarse bien contra las dudas y contrariedades que provenían del mundo católico y ahora protestante también. ¿Por qué? Edwin de Kock cuenta todos los entretelones con mucho detalle en su gigantesco libro que estamos revisando. Aquí podremos extraer, sin embargo, sólo algunos hechos relevantes que afectaron a nuestra iglesia hasta el día de hoy.

Review and Herald Publishing Association, y editor de la *Review and Herald*". También fue presidente de tres colegios simultáneamente (Battle Creek, Union College y Wala Wala). Era un hombre prominente dentro de nuestra iglesia, una persona muy educada. Su interpretación de las trompetas en el Apocalipsis se mantuvo dentro del marco historicista, con ideas notables que agregó. Sin embargo, la reacción católica lo afectó a él más que a ningún otro en relación con el significado del 666, y concluyó que nuestra iglesia se desacreditaba aplicando el título *Vicarivs Filii Dei* al papado romano. Por consiguiente, insistió contra viento y marea hasta su muerte en 1944, que el título oficial del papado romano era *Vicarivs Christi*, no *Vicarivs Filii Dei* el que, por otra parte, según él, no existía. A fuerza de insistir, logró que finalmente se nombrara un comité en la Asociación General de nuestra iglesia para estudiar el tema, que se reunió a las 9 de la mañana, el 26 de abril de 1936, bajo la dirección del presidente de la Asoc. Gral. de entonces, Charles Henry Watson.

Prescott consiguió convencer a varios en ese comité sobre su posición que había asumido de la crítica católica, por lo que se decidió no insistir más con la interpretación que nuestra iglesia había mantenido sobre Apoc 13:18, a menos que se consiguiese una fundamentación mejor. Para ello, el presidente Watson confió a su secretario la tarea de iniciar una investigación sobre el uso del término *Vicarivs Filii Dei* en las principales bibliotecas del mundo, especialmente en Europa y EE.UU. Otros iniciaron también una investigación por cuenta propia.

El cuadro pareció complicarse porque aún el mismo Leroy Froom se vio afectado por esa crítica, especialmente porque consultó a algunos especialistas en Latín en varias ciudades de Europa y concluyó diciendo que, fuera del documento falso de la Donación de Constantino en el Decreto de Graciano, no encontró ningún documento en donde el papa se aplicara ese título. El problema es que parte de la discusión tenía que ver entonces con si la inscripción del título bajo estudio estaba en la tiara del papa o no, o si en una puerta del Vaticano, y eso distrajo algo la investigación de algunos sobre el uso del título en sí. Hasta hubo un evangelista que estaba dando conferencias en Roma y ayudando a organizar la Unión Adventista Italiana, que decidió ir quijotesicamente (según de Kock), con un fotógrafo al Vaticano para pedir ver el mismo cuarto del papa. No se lo permitieron. Volvió a insistir y tampoco se lo permitieron. Finalmente lo admitieron pero con un fotógrafo del papa. Le mostraron tres coronas, y ninguna tenía la inscripción buscada.

En la investigación se trajo a colación también, el testimonio que un evangelista en Estados Unidos, Donald Eugene Scoles (1864-1907), había publicado el 20 de Diciembre de 1906 en la *Advent Review and Sabbath Herald*, titulado "La Corona del Papa". Al incluir cuadros sobre el título *Vicarius Filii Dei* en sus conferencias, encontró a un ex sacerdote católico que corrigió el dibujo que había hecho, diciéndole que él había visto esa inscripción en la tiara del papa, pero en donde el título no aparecía todo junto en una línea horizontal, sino que las tres palabras aparecían en sucesión vertical. Ocho años después, un pastor presbiteriano que había estudiado en un colegio jesuita en Roma para ser sacerdote, asistió a sus conferencias y le dio el mismo testimonio. Scoles le pidió entonces si podía dejar su testimonio escrito y firmado, a lo que B. Hoffman accedió.

La Iglesia Católica se encargó más tarde de desacreditar ese testimonio y de que hubiera provenido de un ex sacerdote, aduciendo que en reuniones especiales como en la coronación de un nuevo papa hay tanta gente que difícilmente un sacerdote católico podría estar tan cerca como para leer un título en la corona papal. Edwin de Kock rastreó, sin embargo, la carrera de Hoffman, y comprobó que era cierta. También trae a colación en su libro el testimonio de un buen número de guías oficiales de turismo que relataron más de una ceremonia de coronación papal en los mismos términos que ese pastor presbiteriano ex sacerdote católico lo había hecho.

Los detalles de toda la documentación que ofrece de Kock son fascinantes, pero no podemos detenernos aquí en eso porque, además, no se requiere que el título esté en la tiara o corona papal para corresponder con un título asumido y proclamado por siglos por los papas de turno. Digamos, simplemente aquí, que con el tiempo, después de 1798, se fueron confeccionando varias tiaras (no sólo las tres que vio el evangelista adventista que pidió fotografiar las coronas papales en la sede papal). Y la descripción de Hoffman coincide hasta en los más mínimos detalles con la descripción oficial que otros han hecho de la asunción de un nuevo papa, en su caso, del papa Gregorio XVI, quien se puso, tal vez, la corona donada ese año por la reina Cristina. De manera que el tema queda abierto, aunque sin ser necesario para probar el uso del título papal.

Entre los que recibieron el desafío de responder a la crítica apasionada de Prescott en nuestra iglesia, estuvo Jean Vuilleumier, hijo de Albert Frederic Vuilleumier que estuvo entre los primeros que aceptaron el mensaje adventista en Europa y que, según leí en el libro sobre E. de White escrito por su nieto Arturo, tradujo a E. de White cuando estuvo en Francia (contó, asombrado, cómo al visitar algunos lugares históricos y catedrales, el guía oficial del lugar debía callarse porque E. de White comenzaba a contar lo que había visto en visión y

pasaba a ser la verdadera guía). Aprovecho para decir también que tuve un alumno cuando enseñaba teología en Collonges, Francia, que habrá sido, pienso, bisnieto de Jean Vuilleumier y tartaranieto de Albert.

Jean Vuilleumier fue editor de la *Revue Adventiste y Signes de Temps*. Al recibir el desafío de Watson, decidió investigar el uso del título en París y otras bibliotecas de Europa. Preparó un documento extraordinario en el que probaba que ese título fue usado oficialmente por el papado romano por unos 1.000 años, con la sanción silenciosa de unos 150 papas.

Ante la reacción católica que ahora negaba todo valor a la Falsa Donación de Constantino que había otorgado al papa autoridad sobre toda Europa, tanto política como espiritual, por haber sido justamente un fraude, respondió Vuilleumier diciendo que “los hechos hablan más que las palabras”. Esa falsa donación fue esgrimida por los papas durante prácticamente toda la Edad Media para erigirse como autoridad suprema sobre el mundo, como heredero de la presunta silla petrina y vicario del Hijo de Dios. Sólo prescindieron de ese documento cuando ya lo habían explotado al máximo y no podían afirmar más su autenticidad.

¿Repudió el papa alguna vez ese título?, preguntó Vuilleumier. Nunca. Al contrario, de Kock prueba que los últimos papas se lo aplicaron a sí mismos. Y yo agregó que todo el sistema de culto de la Iglesia Católica Romana, con el papado a la cabeza como presunto sucesor de Pedro y vicario del Hijo de Dios, es una farsa. ¿Vamos por ese hecho a no poder aplicar las profecías bíblicas que nos advertían de esa falsificación que iba a venir en medio de la iglesia cristiana? El mismo hecho de haber promulgado, difundido y establecido como legal y fundacional para el establecimiento de la supremacía papal en Europa y el mundo, un documento fraguado de esa naturaleza, hace el caso peor según argumentó Vuilleumier.

Más recientemente Thomas Hodgkin, una autoridad en asuntos italianos, confirmó el testimonio de Vuilleumier. Dijo que “la historia de la Donación de Constantino contada en su totalidad correspondería casi a la historia de la Edad Media”. Fue esgrimida por los papas al comienzo de su invención en el S. VIII, y especialmente a partir del S. XI para establecerlo como el máximo gobernante del así llamado Sacro Imperio Romano y del mundo en general. Por siglos fue usada por los canonistas católicos para agrandar sus edificios, sin que nadie sospechase su falsedad o se atreviese a contradecirla. En mis conferencias muestro el cuadro medieval de Constantino arrodillado frente al papa con la triple corona, en referencia a esa presunta concesión.

Otro dirigente de la Iglesia Adventista que salió a responder fue Thomas Marion French (1883-1949), editor asociado de la *Review and Herald* desde 1934 a 1938. Lo hizo en la misma línea de Vuilleumier, mostrando además que algunos papas se aplicaron abiertamente ese título a sí mismos (entre ellos León IX en 1054, cuando le escribió al patriarca de Constantinopla, Miguel Cerularius, procurando someter la iglesia ortodoxa a su autoridad concedida supuestamente por Constantino y por Dios mismo, lo que llevó al cisma definitivo entre la iglesia ortodoxa y la iglesia católica) (505). También otros hermanos del otro lado del océano (en Europa) encontraron en diccionarios católicos y otros documentos el uso del término *Vicarius Filii Dei* entre todos los títulos que se atribuyen al papa, y los publicaron en revistas adventistas europeas.

Sin embargo, ninguno de estos documentos con su extensa documentación convenció al ya octogenario Prescott, quien insistió en la revista *Ministry* de Marzo de 1939, que no todos los escritos católicos son igualmente oficiales. Y así dejó sin responder las preguntas y declaraciones de Vuilleumier y French. No obstante, el 30 de agosto de ese mismo año, en la oficina del nuevo presidente de la Asociación General, J. L. McElhany, se reunió un comité para analizar los resultados obtenidos de la investigación. Entre otros estuvieron Fromm, Vuilleumier y French, pero no Prescott quien no era miembro del comité. Los trabajos de Vuilleumier y French, más otros documentos, convencieron a los líderes que había suficiente documentación como para mantener lo que nuestra iglesia siempre predicó sobre la aplicación de Apoc 13:18. Y se nombró un comité más pequeño para publicar lo antes posible un librito o folleto con el propósito de difundir tal documentación en nuestra iglesia. Pero los encargados de publicar el documento estuvieron demasiado recargados revisando, entre otras cosas, el libro de Uriah Smith, y no lo publicaron. Volvió a reunirse un comité en 1943 (17 de Enero), ahora bajo otro presidente, que preparó un documento con pocos cambios pero que tampoco, nunca se publicó. ¿Por qué?

Merwin R. Thurber, editor de la *Review and Herald* para ese entonces, quien había tenido como jefe anteriormente a Prescott quien murió viejito ya el año siguiente (1944), tuvo el valor de decirle “no” al presidente de la Asociación General y al comité ejecutivo que votó el documento de 43 páginas. La razón que dio Thurber fue que en su conciencia no podía publicar un folleto tal. Nuevamente, ¿por qué? Entre las razones que dio fue que contenía muchas repeticiones, que los pastores y predicadores en general no estarían preparados como para presentar el tema mejor que antes de leerlo (desmereció la capacitación de los ministros). Se quejó,

además, de que el manuscrito se basaba demasiado en el trabajo de Vuilleumier, y que citaba muchos autores franceses. Como la Iglesia Adventista comenzó en un medio ambiente de habla inglesa y se iba a publicar en inglés, opinó que convendría usar fuentes de habla inglesa (de Kock lo atribuye a un nacionalismo norteamericano y a la influencia que había quedado de su jefe Prescott).

Así, toda una documentación formidable que hubiera permitido a nuestra iglesia predicar más libremente con la mención explícita del título blasfemo del papado romano que contiene 666, terminó quedando ignorado en un archivo. Con el crecimiento del liberalismo en varias de nuestras filas, la posición liberal en este aspecto de Prescott emergió victoriosa, creando el caos en relación con nuestra interpretación de Apoc 13:18.

De haberse publicado esa documentación notable, el comité *Daniel and Revelation* del BRI nunca hubiera desmerecido el uso de *Vicarius Filii Dei* en la sección del Apocalipsis al concluir la década del 80, ni Angel M. Rodríguez hubiera cometido después el mismo error como director del BRI, al ofrecer nada menos que en un folleto de la Escuela Sabática (Agosto 7 y 8 de 2002), una lista de razones por las que ese título debía descartárselo. Tampoco Samuele Bacchiocchi, inmediatamente después, habría salido diciendo otra sarta de disparates para descartar ese título, ni William Johnsson, redactor de la *Review and Herald* hubiera argumentado sobre una presunta trilogía satánica con los tres números seis inexistentes en griego, ni Jon Paulien ni Ranko Stefanovic en Andrews hubieran seguido insistiendo en el mismo error. Ninguno de todos esos autores adventistas modernos que analiza de Kock se dio el trabajo de investigar la autenticidad del título *Vicarius Filii Dei*. Simplemente tomaron la idea que se extendió de Prescott en nuestra iglesia como una prueba de la debilidad del método, y recurrieron a una espiritualización del número y del nombre siguiendo modelos católicos, protestantes y espiritistas.

[Agrego aquí que la Asociación de Michigan, en Estados Unidos, le pidió a este servidor responder a las críticas de Bacchiocchi, en un documento que preparé y que fue extensamente difundido por internet (no lo encontré en mi laptop ahora, y debe estar en mi computadora en EE.UU.). Entre otras cosas, hice resaltar el problema de Bacchiocchi que confundió, [como otros críticos católicos y protestantes que procuraron negar que la marca de la bestia fuese el domingo], el número, el nombre, y la marca como siendo la misma cosa. Los manuscritos más antiguos y la mayoría de las versiones rinde “el nombre o el número o la marca”. Eso mismo destaca ampliamente de Kock en su libro, mostrando el origen anti adventista de esa crítica, algo que ya se había percibido en 1939].

V

La profecía de Apoc 13:2 indicaba que “la bestia” (el anticristo romano) iba a recibir su autoridad política y religiosa del “dragón” (el imperio romano sobre el que operaba el “príncipe de este mundo”, Satanás). Iba, además, a heredar según la misma profecía, el trono del emperador. Ese trono se iba a establecer, al mismo tiempo, en medio de la iglesia cristiana, permitiendo al anticristo romano ocupar el lugar de Dios y de su Hijo (2 Tes 2:4ss). Tal atrevimiento no podía asumirse con la verdad, sino con la mentira. Por tal razón, tanto el apóstol Pablo como el apóstol Juan destacan la palabra engaño al describir el futuro anticristo, una característica que Jesús destacó también de Satanás, como “padre de mentira” (Jn 8).

No debía extrañarnos, por consiguiente, que apenas instaurado el obispo de Roma sobre el trono de los césares, con toda la autoridad que emanaba del emperador, la característica de fraude se manifestase en un grado jamás visto en la historia. Esto es lo que resaltan también los sellos del Apocalipsis al describir en pocas palabras la degradación del testimonio cristiano futuro en la historia. Al proyectar el tercer sello cuyo color es la antítesis del primero que había reflejado la pureza del evangelio con Cristo como su jinete, se ve ahora al nuevo jinete con una balanza en la mano y en actitud explotadora y fraudulenta.

En mi libro, *The Seals and the Trumpets* (2005), ofrezco una amplia documentación histórica sobre el carácter fraudulento de esta época, iniciada y promovida por los papas de turno. Al comenzar el S. VII el papa Gregorio comenzó a contar leyendas sobre el purgatorio y el infierno, un método que la iglesia romana multiplicó para amenazar a los reyes y príncipes que les quitaban tierras para pagar a los generales que triunfaban en sus batallas. También se inventaron mil cuentos sobre terribles calamidades que provendrían de Cristo porque se violaba presuntamente el domingo, en un intento de justificar el cambio del verdadero día del Señor que es el sábado. A falta de pruebas bíblicas, todo valía para imponerse sobre el mundo cristiano y pagano de aquella época. Pero lo que más llama la atención a los historiadores modernos desde la perspectiva política, fue la falsa donación de Constantino.

El libro que estamos analizando de Edwin de Kock destaca en detalle la característica fraudulenta y cruel del papado romano a lo largo de la historia, en su expansión y señorío sobre toda Europa y aún en otros continentes. Me sorprendió en parte, la documentación que da para concluir que las tribus germanas presumiblemente arrianas que fueron abatidas por los aliados del obispo romano para erigirse como autoridad suprema en Europa, hubiesen sido calumniadas como arrianas para justificar su sometimiento y extinción. Los Valdenses serían el residuo de los que sobrevivieron de aquella época, en las montañas del Piamonte, sin nada que ver con el arrianismo. Su vínculo a Pedro de los Valles por parte del papado al comenzar el siguiente milenio, fue otro intento de procurar ocultar su antigüedad, según leí años atrás de un artículo del Dr. Jean Zurcher (para entonces secretario de la División Sudeuropea).

Toda esa historia del carácter mentiroso y déspota del papado romano abundantemente relatada y documentada por Edwin de Kock, está entrelazada con el título *Vicarivs Filii Dei*. Ese título se lo atribuyó el papa a sí mismo, aparentemente, por primera vez en la presumida Donación de Constantino. Según esa falsa donación, ese emperador romano en el S. IV le habría cedido al pontífice romano prácticamente todas las tierras de Europa, así como la supremacía y dominio sobre el mundo. En esencia, la falsificación de ese documento refleja el intento de la Iglesia Romana de imponer el dominio espiritual al temporal, y de establecer al obispo de Roma por encima de todos los gobernantes de la tierra.

¿En qué contexto histórico se fabricó un documento tan atrevido como la falsa Donación de Constantino? Los lombardos, una de las tribus germánicas, se habían establecido al norte de Italia, y querían someter al obispo de Roma a su dominio, exigiéndole el pago de impuestos o tributos que el papa Zacarías (741-752) no quería pagarles. Por otro lado, Pepino era el real potentado de Francia, pero por no provenir de la dinastía merovingia que comenzó con Clodoveo, su reino era más que nada nominal. Así, el ambiente era propicio para que el papa diese legitimidad a la monarquía de Pepino a condición de que Pepino lo defendiese de las imposiciones lombardas.

Pero el papa iba por más. Cruzó los Alpes el 14 de octubre del año 753 acompañado de dos nobles francos, y Pepino vino a su encuentro acompañado con toda su corte y miles que lo secundaban. El rey manifestó al papa su preocupación por ver al “vicario del Hijo de Dios, el Sumo Sacerdote del mundo cristiano”, cruzar enfermo los Alpes, y ser tan maltratado por los lombardos, para pedirle su ayuda en defensa de las tumbas y patrimonios de los apóstoles. El pontífice le manifestó entonces su gran preocupación por el hecho de que los lombardos le habían quitado las tierras que le pertenecían por donación del emperador Constantino, incluso el exarcado de Ravena (una mentira descarada porque nunca le habían pertenecido antes al papa). Al mismo tiempo le presentó otro documento que habría sido escrito por el apóstol Pedro en el cielo, en letras de oro y bellamente encuadrada con un cuero muy fino, y conteniendo su firma al final. Decía así: “Pedro, elegido apóstol por Jesucristo, a nuestro Hijo favorito, el Rey Pepino, a todo su ejército, a los obispos, abadesas, monjes, y a todo el pueblo”.

A algunos historiadores les ha parecido inverosímil este relato, y han querido sugerir otro marco para la aparición de la falsa Donación de Constantino. Pero no debiera sorprendernos tamaño fraude si recordamos que en esa época la Iglesia Romana hizo aparecer también una presunta carta de Cristo, escrita con su propia sangre, en la que manifestaba gran pesar porque se estaba violando el domingo, y amenazaba con enviar serpientes voladoras con dientes de hierro para devorar los senos de las mujeres. Tan terrible habría sido la indignación de Cristo que al caer la carta sobre la tumba de San Pedro, ésta se abrió abierto y habrían habido terremotos y tinieblas por un día y medio en Roma. La gente supersticiosa e ignorante de aquellos días podía tragarse más fácilmente cuentos de esa naturaleza.

Pero Pepino quiso saber cómo pudo llegar tal carta de Pedro del cielo a la tierra. El locutor papal tenía ya preparada la respuesta. “El Bendito Pedro en persona descendió del cielo y dio la carta a su sucesor, el papa de Roma”. El ahora reconocido rey de Francia no tardó en responder con un ejército que logró derrotar a los lombardos y otorgar al papado, por primera vez, los Estados Pontificios. Y aunque las presuntas cartas de Pedro y de Jesús en el cielo tuvieron más corta vida, la Falsa Donación de Constantino se impuso en occidente durante prácticamente el resto de la Edad Media, sin que nadie dudase de su autenticidad o se atreviese a desenmascarar el fraude, salvo en Oriente cuando el papa quería imponerse sobre los ortodoxos invocando ese falso documento.

Vicarivs Filii Dei ocurre en la falsa Donación de Constantino sólo una vez. Junto con ese título, predominan otros tres títulos: obispo de la ciudad de Roma, Pontífice y Papa, con sus variaciones Supremo Pontífice, principal pontífice, pontífice universal, papa universal, bendecido papa, el santísimo papa. La presunta sucesión de Pedro y el reemplazo del Hijo de Dios en la tierra van juntas. Tal documento se invocó toda vez que fue

necesario para imponerse ante los reyes que procuraban, en diferentes momentos, deshacerse del yugo de sumisión que el papado les imponía. Los testimonios que confirman esto abundan y son casi interminables en el libro de de Kock. Con tal fuente sagrada de autoridad, nadie debiera sorprenderse de que el título Vicario del Hijo de Dios, junto con la supuesta autoridad petrina otorgada por el mismo Señor y que alcanzó el trono de Roma, fuese invocada por todos los que admiraban y luchaban por exaltar la imagen papal.

VI

Tres veces refiere Daniel en el capítulo 8 de su libro, el auto engrandecimiento del “cuerno” que representa al anticristo romano, algo que corrobora el Apocalipsis al definir esa característica como siendo blasfema. Se engrandece sobre el pueblo de Dios y aún sobre Dios mismo en su santuario celestial, y sobre todos los que allí habitan (Dan 8:9-11; Apoc 13:5-7) [algunos traductores han traducido el término por “crecer”, que no está en el original]. Esto podría lograrlo gracias a la apostasía del cristianismo que ya estaba en operación en los días del apóstol Pablo (2 Tes 2). El momento llegaría, sin embargo, en que lograría un reconocimiento oficial del Estado que le serviría de trampolín para engrandecerse aún más mediante el engaño y el cohecho.

Ese momento llegó primeramente en el año 508, cuando Clodoveo, el primer rey germánico que se convirtió al catolicismo romano, fundó la ciudad de París bajo un sistema de gobierno en donde el Estado y la Iglesia Católica se unieron en santo matrimonio. Toda otra religión que desde entonces no exaltase al papado romano sería considerada como intrusa e infiel, y debía erradicársela. De Kock no menciona ese evento que es el más importante que ocurrió en ese año. En su lugar, menciona como el evento que marca el inicio del período de 1290 años de la imposición de la “abominación horrorosa” (Dan 12:11), el alegato de algunos historiadores recientes de que Clodoveo se habría bautizado en ese año.

Tal vez de Kock no lo sabe. Pero desde hace unos pocos años se ha visto una especie de confrontación entre Gerard Damsteegt, profesor de Andrews University, y algunos miembros del BRI, sobre el evento que marca el comienzo de los 1290 días, símbolo de años. Un alumno de Damsteegt preparó una tesis doctoral donde junta toda su artillería para demostrar que Clodoveo se habría bautizado en el año 508, es decir, en el inicio del período profético mencionado. Por otro lado, un ex discípulo mío austríaco y también de Gerard Pfandl, preparó un manuscrito con los auspicios del BRI, donde trata de probar que la fecha del bautismo de Clodoveo no es clara y, por consiguiente, que es más seguro destacar la fundación de París en ese año, como capital de los francos. Esa ciudad fue la aliada más grande del papado romano durante toda la Edad Media. Allí probó Roma por primera vez también los tribunales de la Inquisición (véase mi libro, *The Seals and the Trumpets*).

Heinz Shaidinger, mi ex discípulo ya referido, (quien está preparando desde hace varios años una tesis doctoral en Austria sobre los Valdenses), no ve la razón de destacar el bautismo de Clodoveo para hablar del levantamiento del papado conforme a la profecía de Dan 11:31 y 12:11. Como lo manifesté en su momento a ambas partes en discusión, creo que la posición del BRI es la más sólida (yo escribí antes sobre eso en mi libro *The Seals and the Trumpets*), pero tampoco veo la razón de tratar de desacreditar la fecha del bautismo que historiadores independientes están ubicando en ese año. Creo que es sabio citar ese evento también sin poner todo el peso de la argumentación en ese hecho.

Uno de los problemas de fondo tiene que ver con lo que se entiende por el quitamiento del “continuo” y la imposición de la “abominación espantosa” en Dan 12:11. Algo trata de Kock en su libro de ese problema porque captó la tendencia de algunos “adventistas históricos” de resucitar a Uriah Smith en este punto. Por “adventistas históricos” se entiende la tendencia de algunos hermanos a creer literalmente lo mismo que creían los pioneros, ignorando que la verdad no es estática, y que no poseemos el monopolio de toda la verdad. Esta semana que pasó concluí, por ejemplo, una discusión por internet con un pastor norteamericano que quiere resucitar a Uriah Smith también en relación con el rey del norte de Dan 11:40, quien antes que cayera el imperio otomano creyó que Turquía era ese rey del norte (algo en lo cual Jaime White no estuvo de acuerdo). Insiste en que el imperio otomano va a resurgir y procurar imponer el islamismo... (ridículo).

A pesar de que la Biblia usa unas 50 veces el término *tamid* (“continuo” o “diario” o “regular”) en referencia a los servicios del templo, y todo el capítulo 8 de Daniel está enmarcado en el contexto del santuario, con una terminología propia de los servicios del tabernáculo, Guillermo Miller prefirió vincular el término al asolamiento pagano (la persecución romano-pagana). Los pioneros continuaron con esta interpretación durante el resto del S. XIX, aunque esa interpretación fue rechazada por varios, inclusive por Jaime White, esposo de E. de White.

El problema tiene que ver hoy con una declaración de E. de White quien declaró que la palabra “sacrificio” fue agregada a la palabra “diario” (*tamid*), y que Dios dio la interpretación correcta de ese término a los milleritas antes de 1844. Los que creen que esta cita de E. de White involucró toda la interpretación de Guillermo Miller, creen que el bautismo de Clodoveo a la fe católica romana en el 508 terminó con el predominio pagano, e instauró oficialmente la abominación papal. Sin embargo, casi todos los adventistas hoy creen como Jaime White, e interpretan que su esposa ratificó el rechazo millerita al agregado de la palabra “sacrificio” que no está en el original hebreo, pero no todo lo que dijo Miller sobre el particular (185). De hecho, E. de White intervino más tarde para que cesara la discusión entre su esposo y Uriah Smith sobre el “continuo”, declarando que habría más luz en el futuro sobre el tema, y que no correspondía que la iglesia se dividiera por ese punto en esa temprana época formativa.

Esa luz, se interpreta hoy, vino por un estudio más detenido de la Biblia y del pasaje en consideración. Por consiguiente, casi todos creen en la actualidad que la fundación de París en el año 508 bajo un sistema por primera vez católico-estatal, es uno de los eventos que se dieron en cumplimiento de la profecía. Esa fundación marcó oficialmente el rechazo oficial de los servicios del santuario celestial del único sumosacerdote nuestro (el Hijo de Dios), para imponer en su lugar la abominación idolátrica y horrenda del papado, quien para entonces ya se erguía en forma impostora como vicario suyo (“vicario de Cristo”). En efecto, lo que hizo Clodoveo se fue imitando en todos los demás Estados que pasaron a conformar el continente europeo. Doy abundante testimonio histórico en mi libro *The Seals and the Trumpets*.

Desde la perspectiva histórica, de Kock destaca también el hecho de que el paganismo, aunque subsistió hasta la época de Clodoveo, no terminó con su conversión. Tampoco puede decirse que los bárbaros se convirtieron del paganismo al cristianismo entonces. Clodoveo (como su hermana) ya habría aceptado antes el cristianismo, y se habría convertido luego a la religión del obispo de Roma. Por otro lado, agrego yo, el paganismo como sistema de gobierno imperial romano opresor terminó en Roma el año 476, cuando fue depuesto el último César del imperio. Aunque hubo emperadores nominalmente cristianos, las fórmulas y principios de gobierno del imperio continuaron siendo paganos. ¿Qué hacer con el tiempo intermedio entre el 476 y el 508?

Uno de los pocos puntos en los que difiere de Edwin de Kock tiene que ver con los tres cuernos que serían desarraigados delante del cuerno pequeño, en su carrera de auto engrandecimiento, arrogancia y blasfemia (Dan 7). El considera que los tres reinos fueron el de los vándalos, el de los hérulos y el de los ostrogodos. Pero deja sin considerar los visigodos. En mis investigaciones llegué a la conclusión de que los hérulos compartían la misma fe sobre la Deidad que los ostrogodos, y que difería de la creencia trinitaria del papado romano. Al ser reemplazados por los ostrogodos, quienes los asimilaron, la situación del papado no cambió en nada. Pero éste no es el lugar para discutir en detalle el tema que, por su parte, trato en mi libro *The Seals and the Trumpets*. Ambas interpretaciones se han abarajado en la historia de nuestra iglesia.

Lo que debemos destacar acá es que en ese espíritu de auto engrandecimiento, el papado siguió envalentonándose con el correr de los siglos mediante fraudes de todo tipo, como la fabricación de la falsa Donación de Constantino, el establecimiento del Sacro Imperio Romano bajo Carlomagno, hasta que fue parado por la misma nación que le había dado el primer espaldarazo, esto es, Francia en la época de la Revolución.

VII

Vimos algunos pasajes del Apocalipsis que nos refieren la característica de engaño del poder político-religioso que iba a suceder al imperio romano. También destacamos esa característica en la segunda epístola a los tesalonicenses del apóstol Pablo. Convendrá destacar ese cuadro otra vez pero en Dan 8, con descripciones que se amplían aún en la visión de Dan 11:29-39.

“Cuando los transgresores hayan llegado a su colmo [la apostasía de la que habla el apóstol Pablo: 2 Tes 2], se levantará un rey altivo de rostro, y entendido en enigmas. Su poder será grande, pero no por su propio poder [se valdría del poder político de los reyes]. Destruirá en forma extraordinaria [torturas, hogueras, cruzadas de exterminio], prosperará y hará su voluntad. Destruirá a los poderosos y al pueblo santo. Y por su astucia hará que el engaño prospere por su influencia. El se engrandecerá en su corazón, y destruirá a muchos que están confiados. Aun se levantará contra el Príncipe de los príncipes [anticristo que se sienta en el templo de Dios haciéndose pasar por Dios: 2 Tes 2:4-5], pero será destruido sin intervención humana” (Dan 8:23-25).

Edwin de Kock destaca en todo su libro cómo, desde el comienzo, el papado trató de borrar todo registro

auténtico de aquellos a quienes destruyó, para hacer perdurar la calumnia bajo la cual los condenó y salvar su imagen ante el mundo y la historia. Siendo que el propósito de esta reseña bibliográfica es fundamentar la interpretación del título papal *Vicarius Filii Dei* como correspondiendo a la profecía de Apoc 13:18, concentrémonos ahora especialmente en varios testimonios que recolectó nuestro autor en ese sentido.

El papa Nicolás I en el S. IX citó las Decretales que contenían la Falsa Donación de Constantino y el título *Vicarius Filii Dei* para afirmar su supremacía romana como monarca absoluto, y declaró que esas Decretales estaban al mismo nivel de la Biblia.

El papa León IX (1049-1054) citó verbalmente la Donación con la declaración expresa de ser el *Vicario Filii Dei* en la tierra, para reclamar autoridad suprema sobre la Iglesia Ortodoxa en oriente, lo que llevó al cisma definitivo entre oriente y occidente.

El papa Gregorio VII (1073-85) contó con el apoyo de dos cardenales, Anselmo II y Deusdedit, en sus aspiraciones de poder temporal en medio de las luchas de sucesión. Estos dos cardenales invocaron la Donación de Constantino y el título Vicario del Hijo de Dios.

El papa Honorio III, quien sucedió a Inocencio III, citó la Donación para resaltar la supremacía de la Iglesia Romana, y se refirió explícitamente al título *Vicarius Filii Dei* para resaltar también la supremacía del papado sobre todo el mundo romano.

El papa Juan XXII, en su bula del 23 de octubre de 1327, se aplicó a sí mismo el título en consideración, para afirmar su supremacía concedida presuntamente por Cristo a Pedro y reconocida por Constantino en su pretendida Donación.

Los papas Pío V, Gregorio XIII y Paulo V, ante las críticas del protestantismo en el S. XVI, emprendieron la contrarreforma y sintieron la necesidad de enmendar la Ley Canónica debido al ataque de Lutero y otros protestantes que admiraron a Lorenzo de Valla por haber desenmascarado el fraude de esa presunta donación constantiniana. Esa enmendación de la Ley Canónica llevó el título *Editio Romana* (1582). Y a pesar de haberse probado el fraude un siglo antes, ese documento no descartó la Donación de Constantino sino que la confirmó, y retuvo el título Vicario del Hijo de Dios. Gregorio XIII llegó a decir que ese canon estaba “totalmente libre de falta”.

Como lo reconocen muchos historiadores, atreverse a hablar contra la falsa Donación de Constantino antes y después de la Reforma Protestante, era exponerse al martirio. Esa ley, según arguyen, se la había ensalzado al mismo nivel de la ley de Dios. Después que Lorenzo de Valla (1405-1457) descubrió y desenmascaró la falsedad de tal donación, los papas pusieron su documento en el *Index* de libros prohibidos (336). El mismo de Valla fue perseguido por la Inquisición, y se salvó de la hoguera porque encontró en el rey de Nápoles, Alfonso V de Aragón, un protector que contendía con el papa por defender sus propiedades. Poco después, en 1478, se quemó en Estrasburgo a los cristianos que osaron poner en duda la autenticidad de esa presumida Donación, porque tenía que ver nada menos que con el fundamento de la autoridad temporal del pontífice romano (322-323).

Lutero, en el siguiente siglo, declaró que esa Donación de Constantino se transformó a lo largo de los siglos en un estatuto para que tanto papas como cardenales y obispos cometiesen crímenes odiosos, robos de oro a gran escala, derramamiento de sangre para imponerse en forma déspota sobre reyes y emperadores. Y del título Vicario del Hijo de Dios contenido en el documento escribió al margen, irónicamente, que se trataba del quinto ladrillo de la chimenea de Babilonia. No de balde el Jesuita P. Antonio Bresciani llegó a decir en el S. XIX de Lutero y Calvino, que descargaron su impiedad al punto de “llamar al vicario del Hijo de Dios en la tierra por el maldito nombre del anticristo” (332).

El papado romano siguió defendiendo la legitimidad de la falsa Donación hasta que el cardenal Cesar Baronio admitió su fraude al comenzar el S. XVII. Eso no significó, sin embargo, que los papas estuviesen de acuerdo con él. Poco después, impresionado por las evidencias del fraude, el cardenal Jacques-Davy du Perron, joven colega de Baronio, le preguntó al papa Pablo V qué pensaba sobre lo que había escrito Baronio. El papa se contentó con decirle: “¿Qué quieres? El Canon lo retiene así”. Y esa fue la postura del papado por varios siglos más, hasta ya entrado el S. XX.

Me detengo aquí para dejar a otro la tarea de juntar todos los papas, cardenales y dignatarios de la iglesia tan numerosos que cita de Kock, si desea darse el trabajo. De Kock da testimonio también de innumerables dignatarios de la curia romana que fueron ascendidos por el papa de turno en sus puestos al honrarlo como “Vicario del Hijo de Dios”.

El título *Vicarius Filii Dei* contenido en la Falsa Donación fue también incluido en el *Decretum Gratiani* que apareció primero en 1140 y se constituyó en la base de la enseñanza de la Ley Canónica Católica. Ese decreto fue copiado múltiples veces y revisado por requerimiento de varios papas, especialmente luego de la aparición del protestantismo, sin que se quitase el título mencionado. El Decreto fue impreso con el advenimiento de la imprenta en 1500, y reimpresso muchas veces. Desde 1586 pasó a formar parte del *Corpus Iuris Canonici* (Colección de Ley Canónica), que permaneció en vigencia por otros trescientos años más, hasta 1917, cuando fue reemplazado por el *Codex Iuris Canonici* que omitió el falso Decreto de Constantino.

Sin embargo, el hecho de omitir tal decreto en el S. XX, por haberse probado en forma contundente su falsedad, no significa que los papas hubiesen renunciado a todos los títulos y sueños de dominio político y religioso mundial contenidos en ese embuste milenar. De hecho, los últimos papas (desde Pablo VI hasta Benedicto XVI), se han atribuido a sí mismos el título *Vicarius Filii Dei* en sus diferentes formas.

Juan XXIII, el 7 de noviembre de 1958, apenas elegido papa, ante corresponsales de todo el mundo, parafraseó la declaración que aparece en el falso Decreto de Constantino, aplicándose para sí en la tierra el título de Vicario del Hijo de Dios (535).

Pablo VI se atribuyó ese título dos veces, en 1965 y en 1968, en *Acta Apostolicae* (Constituciones Apostólicas, las que están en el más alto nivel de decretos emitidos por el papa en forma de bula) (532).

Juan Pablo II, el 28 de Junio de 1983, dirigiéndose a los cardenales cuando anunció su intención de hacer un año de jubileo, les dijo: “todos Uds., miembros de la curia romana, mis colaboradores, de mi, Vicario del Hijo”. En 1994, en *Cruzando el Umbral de la Esperanza*, en el capítulo “El Papa: Un Escándalo y un Misterio”, atribuyó al papado también el título, parafraseado pero completo, de Vicario del Hijo de Dios. De nuevo el 21 de octubre de 2003, se dirigió a sus “hermanos cardenales” refiriéndose a los papas, entre los cuales se incluyó a sí mismo, como “Vicarios del Hijo”.

Benedicto XVI, el 20 de abril de 2005, se refirió al rebaño católico al que Dios nunca habría dejado sin pastores sucesores de Pedro, esto es, los papas como “Vicarios del Hijo” (536).

Todas estas declaraciones más recientes de los papas son tomadas de la falsa Donación de Constantino, si no literalmente, en forma parafraseada. El papado nunca podrá renunciar a esa falsedad so pena de perder sus aspiraciones al dominio del mundo, y a la influencia que pretende ejercer sobre toda la tierra sobre gobernantes y religiones, un liderazgo indiscutible que se ve hoy asombrosamente representado en el ecumenismo moderno.

VIII

Nadie puede negar la oficialidad del título Vicario del Hijo de Dios en referencia al papado romano porque, como lo afirmó el Dr. Gerard Damsteegt, “un nombre es oficial cuando aparece en un documento oficial”. De manera que la estrategia de querer desmerecer el valor del nombre que se atribuyeron los papas por siglos y lo establecieron en su ley canónica, aduciendo que nunca fue un título oficial, revela una mentira ridícula que, además, no mantienen en otros contextos.

Pero, ¿por qué les ha dado a estos últimos papas de volver a reclamar para sí mismos el título Vicario del Hijo de Dios? Yo sugeriría algunas razones. Han estado captando que el mundo está madurando para recuperar la autoridad político-religiosa perdida. Juan XXIII fue el papa ecuménico que terminó reconociendo las otras iglesias pero en un proyecto que no descarta, sino que afirma su supremacía sobre ellas como sucesor de Pedro y Vicario del Hijo de Dios. Las otras iglesias son “hermanas separadas” que deben volver al redil petrino como el único pastor supremo que Dios puso presuntamente en la tierra. Pablo VI terminó pactando con el comunismo, aceptando la realidad de tales gobiernos y buscando sacar partido de la realidad política mundial. Debía hacerlo sin dejar de hacer notar que, a pesar de eso, era el Vicario del Hijo de Dios en la tierra.

Juan Pablo II inició una guerra político-ideológica contra el secularismo en el mundo y debía afirmarse también en los títulos que le confieren la primacía. El triunfó sobre el comunismo que colapsó en su época, y vio la oportunidad para llamar al mundo ortodoxo ultrajado por la historia (por el islamismo primero, y luego por el comunismo), a que acepte su supremacía que lo pone en lugar de Dios y de su Hijo (como lo hizo León IX cuando quiso imponerse sobre el mundo ortodoxo al comenzar el milenio, pretensión que terminó en lo que la Iglesia Católica considera el gran cisma de oriente y occidente). Benedicto XVI sigue la política de su predecesor y, aunque muchos no lo captan, su invocación de semejantes títulos está ligado al fundamento canónico recibido de la Donación de Constantino, que no necesitan citar específicamente ya.

Una segunda razón para invocar tales títulos ante cardenales y jerarcas católicos así como líderes del mundo,

es que el mundo protestante ha perdido su visión profética y no ve más al papado como enemigo. Al contrario, muchos protestantes sienten que lucha contra el secularismo junto con ellos. Aún así, se ve cierta tendencia en algunos testimonios papales a atribuirse el título acortado, “Vicario del Hijo”, lo que esconde la preocupación de camuflar su identidad con Apoc 13:18, sopena de reavivar la interpretación protestante y adventista. Pero ellos saben que los protestantes, y más recientemente algunos adventistas, han revelado una tendencia a espiritualizar el contenido apocalíptico de la Biblia (lo han puesto en Wikipedia). Por consiguiente, no hay para qué temer usar ese título que fue interpretado como habiendo sido anticipado por la profecía mediante su número.

La tendencia al “idealismo” como método para interpretar el Apocalipsis es el que impera en la actualidad en el mundo cristiano junto al futurismo (que no es otra cosa que un idealismo disfrazado, ya que juega con la fantasía) y el preterismo (que recurre al idealismo cuando no puede explicar todo en el primer siglo). ¿Cuándo comenzó? Cuando aparecieron los teólogos de Alejandría que comenzaron a alegorizar todo lo que no podían explicar de la Biblia. Con Agustín de Hipona esa tendencia pasó a la Iglesia Romana, espiritualizando el milenio y también la imagen del anticristo, con lo cual sepultaron el historicismo durante prácticamente toda la Edad Media. Pero en la actualidad ese método ha reaparecido gracias a varios factores.

Como lo desarrollo en mi libro *The Mystery of the Apocalyptic Trumpets Unraveled* (2012), al quitársele el poder político al papado, éste dejó de ser mirado como una amenaza para el mundo protestante que se puso a mirar para otro lado en la búsqueda de candidatos para la profecía. Y al no encontrar ningún candidato satisfactorio (salvo los futuristas fanáticos de turno), comenzaron a hacer lo mismo que los alejandrinos y los intérpretes medievales, a espiritualizar el Apocalipsis.

Dios levantó la Iglesia Adventista para hacer ver que el poder político del papado iba a resucitar (Apoc 13:3-4), por lo que el legado historicista protestante debía mantenerse. Pero un buen número de teólogos de nuestra iglesia está cayendo también en la misma trampa, siguiendo los pasos de apostasía de quienes fueron nuestros ancestros historicistas. Y así se espiritualizan las trompetas (no saben para qué lado Dios pega), la identificación de la bestia apocalíptica se hace cada vez más vaga (es símbolo de una humanidad sin Dios), y hasta para hablar de la Babilonia del Apocalipsis se prefiere mencionar simplemente la apostasía de los últimos días, sin identificar las instituciones que la producirían.

En la Iglesia Adventista esa tendencia a la espiritualización del número 666 se introdujo con Roy Allan Anderson a mediados del siglo pasado. El no abandonó la identificación del papado suscrita más arriba, pero agregó en su interpretación un amuleto supuestamente babilónico con la imagen del sol por un lado, y del otro una numerología ingeniosa que resaltaba seis veces el número 111 de un lado, y otras seis del otro. Desde entonces no han faltado quienes en nuestras filas quienes se hayan contentado con identificar el número 666 con la Babilonia del Apocalipsis. De Kock rastreó, sin embargo, la foto de ese amuleto pero sin conseguir resultados definidos. Que sea babilónico es dudoso también, porque entre otras cosas, tiene la inscripción del sol en latín, no en caracteres babilónicos.

1) Cuadros con juegos de números equivalentes aparecieron, sin embargo, en tiempos recientes como un arte cabalístico, relacionados con la masonería y la teosofía, y aún con el espiritismo. En esos juegos se remontaban al pasado de Moisés, de Babilonia, de Roma, etc. Por lo cual, Edwin de Kock concluye diciendo que esos amuletos “fueron obviamente creados después de 1705, aunque los sellos y símbolos sobre los que se basaron se remontan a la Cabala Judía de la Europa Medieval” (29). Aún así, tales juegos cabalísticos van contra un simbolismo buscado de 666 en números arábigos (que no están en el griego bíblico). Porque se imaginan que hay tres seis, cuando en realidad hay seis 111s., o dicho a la inversa, 111s. seis (35).

Cierta terminología empleada por estos movimientos cabalísticos se la ve también en Emanuel Swedenborg, quien escribió sobre la Revelación del Apocalipsis en 1766. Considerado protestante, decía sin embargo recibir visiones y comunicación con espíritus y ángeles. Este autor espiritualizó el Apocalipsis, inclusive los números, con una influencia que se hizo sentir en muchos autores a partir de entonces entre protestantes y católicos.

2) Luego vino en nuestra iglesia, la introducción de un presunto símbolo del número 6 como representando imperfección porque se quedaría corto ante el número siete que se considera perfecto. Pero, ¿no habría tenido Dios cuidado de este hecho como para quitar una o dos alas a sus ángeles en el Apocalipsis, quienes están ante él con seis alas? (Apoc 4:8). ¿Acaso son imperfectos ellos? ¿Fue creado imperfecto el primer hombre en el sexto día, al que le faltó el séptimo para completarse la creación? Si se trata de un símbolo de hombre porque Adán fue creado en el sexto día, entonces es también un símbolo de los animales que fueron creados igualmente

perfectos (“vio Dios que era bueno”), a diferencia de la bestia apocalíptica que es un monstruo, no una creación divina.

3) De Kock destaca también el hecho de que el número 6 fue interpretado por muchos siglos en el cristianismo como símbolo de perfección (586ss), algo que tiene sus raíces también en culturas antiguas. Esto lo hace para demostrar la subjetividad del método, ya que aunque un número pueda tener un significado, un número no es bueno o malo en sí mismo. Por ejemplo, los 12 patriarcas y los doce apóstoles que están en el fundamento de la Nueva Jerusalén, son un múltiplo de seis. Lo mismo referente a los 12.000 estadios y 144 codos con una medida que se equipara a la de un ángel (Apoc 21:17). La ciudad contiene 12 puertas y 12 perlas, y la muralla está constituida por 12 piedras. El número que resalta en la ciudad de Dios es el seis como denominador común, no el siete. ¿Se trata allí también de un símbolo de imperfección?

¿Y qué decir de Roma con las siete colinas sobre las cuales se sienta la mujer Babilónica? ¿Se trata de una ciudad perfecta? (Apoc 17). Las siete cabezas del dragón y de la bestia (Apoc 12 y 13), ya estaban representadas en las cuatro bestias de Dan 7 (la tercera tiene cuatro cabezas, que sumadas a las tres restantes suman siete). ¿En qué quedamos? Por un lado la bestia tiene siete cabezas (símbolo de perfección), pero por el otro se enfatiza que el número de su nombre es 666, símbolo presumible de imperfección. ¿A dónde vamos con ese juego? [No niego que algunos números tengan un valor simbólico, sino que tenemos que tener cuidado porque su simbolismo en algunos casos es un invento ingenioso moderno, otras veces no aplica, y por último distrae del verdadero propósito del Apocalipsis].

4) Y aun suponiendo que fuese un símbolo de imperfección, ¿cómo puede la gente adorar la “rebelión intensificada y la total independencia de Dios”, como lo propone A. M. Rodríguez? (625). Tampoco se trata de toda la humanidad imperfecta que es engañada por el anticristo para deshonorar el séptimo día sin poder entrar en el reposo divino, sino del nombre del anticristo que engaña a la humanidad. De Kock da referencia de cómo algunos que leyeron la interpretación de A. M. Rodríguez en el folleto de la Escuela Sabática del 2002, abandonaron la fe adventista y se volvieron al catolicismo.

5) Si por buscar un simbolismo en el número del nombre, no se puede identificar el nombre mismo, entonces las siete plagas no se van a cumplir literalmente, sino que describen simplemente la destrucción completa y perfecta de los impíos; tampoco busquemos siete períodos en la historia de la iglesia cristiana proyectados en las siete iglesias, ni consideremos más las siete trompetas como eventos históricos, sino que destaquemos su simbolismo numérico y olvidémonos de su proyección histórica, etc. A eso se lo llama hoy “idealismo” o “ahistoricismo”.

6. La presunta trilogía satánica compuesta por tres imperfecciones (seis), tampoco tiene sentido. Apoc 13 dice que es el número de la bestia, no del falso profeta ni del dragón con quienes supuestamente la bestia forma una trilogía imperfecta, un presunto remedo de la Trinidad que, de paso, multiplicada por dos daría 6, no 7. Muchas versiones antiguas rinden el 666 con tres letras diferentes, lo que hace imposible identificar tres seis al estilo de los números arábigos que se inventaron en el S. IX, y se popularizaron en Europa varios siglos después.

7. En el cap 10 de mi libro, *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario*, destaco cómo en la guerra entre los nombres de los dioses paganos y el Nombre del Dios de Israel, este último ordenó destruir esos nombres paganos en la tierra que les dio, y reverenciar su Nombre que puso en su templo (Deut 12; 1 Rey 18:24,29; Miq 4:5; Isa 56:6-8, etc), más definidamente en el arca y en su ley (2 Sam 6:2; 1 Rey 8:20-21; cf. Deut 12:11). Tanto los nombres de los dioses paganos como el Nombre de Dios no eran meras filosofías o simbolismos, sino nombre concretos como Asera, Astarté, Baal, Mot, en el caso de los dioses paganos, y El Eterno, El Todopoderoso, etc., en el caso del Nombre del Dios de Israel.

Así también, la crisis final tendrá que ver con una confrontación entre una falsa adoración que consistirá esencialmente en un nombre impostor al reverenciar su día, Vicario del Hijo de Dios, y la adoración del nombre de Dios y de su Hijo en su día que lo reconoce como Creador y Redentor. Mientras que el nombre del anticristo podrá honrarse aún sin creer en él al guardar el día que lo honra en lugar del día del Creador y del Redentor (se recibirá su marca en la frente: convicción; o en la mano: acción sin convicción), el Nombre del Padre y del Hijo que se interrelacionan (Jn 14:13,15-17,20-21,23; 17:11-12), podrá honrarse únicamente por convicción

(se recibirá su sello en la frente, lo que implica que la Ley divina está estampada en ellos). Sin una convicción y conversión cabal al nombre de Dios y de su Hijo nadie podrá mantenerse en pie ante su venida (Apoc 6:17-18), ni ante la bestia y su imagen (Apoc13:4-5,17-18).

Conclusión

El adventismo debe mantenerse firme en el legado historicista que recibió de sus antecesores protestantes para interpretar las profecías apocalípticas. Ningún símbolo de ninguna figura o número del Apocalipsis debe desviar la atención de un cumplimiento concreto en la historia que Dios anticipó con claridad. En relación con el número 666, tenemos que tener cuidado de no olvidarnos del nombre en la búsqueda de un presumible simbolismo numérico incluso inexistente en el griego bíblico.

Que todos los pastores y evangelistas prediquen sin ambages que el papado es la abominación espantosa que levantó el diablo (dragón) para engañar al mundo durante la Edad Media, y que su poder le sería restaurado al final tal como lo estamos viendo hoy (Apoc 13:2-4). Hay millones que no saben eso y deben recibir el llamado a salir de Babilonia (Apoc 18:1-5). Adoran a un presunto vicario impostor del Hijo de Dios, al cual se dirigen para pedir el perdón de los pecados, olvidando que el único que puede perdonarlos es Dios mismo a través de la única mediación e intercesión de su Hijo en el santuario celestial (1 Rey 8:39; 1 Tim 2:5; Heb 7:25). De allí que la vida eterna reside únicamente en el Nombre del Hijo de Dios (1 Jn 5:13).

¡Exaltemos al Creador! ¡Exaltemos a su Hijo! El Nombre del Padre y el Nombre del Hijo deben estar en nuestras frentes como señal de pertenencia a la Deidad. No le permitamos al diablo imponer su marca de pertenencia en la crisis final en la que estamos entrando. Aferrémonos a la vida eterna, y triunfaremos con el poder de Dios y de su Hijo.